



L.A
MANIFESTACION CONSERVADORA
Y
SU DEFENSA.

M256 Pa. 17; M260 Pa. 8; M519 Pa. 5

814

MANIFESTACION CONSERVADORA

Y

SU DEFENSA



Excelentísimo Señor Presidente de la República.

Los infrascritos ciudadanos, miembros del Partido Conservador, obediendo á la voz de la conciencia y á los dictados del patriotismo, os manifestamos que sostenemos y defendemos hoy, como lo hemos hecho siempre, la Constitución que se elaboró como resultado y síntesis de los esfuerzos hechos por el partido en 1885, y que, en lo esencial, entraña los principios fundamentales de nuestra causa, y reconoce, favorece y ampara eficazmente nuestras aspiraciones y creencias religiosas.

El que nuestros buenos y firmes deseos se conviertan en hechos, no está en nuestras manos sino en las vuestras, puesto que en ellas están las riendas del Gobierno y los medios de utilizar nuestros servicios, personas ó intereses, que ofrecemos no para la consecución de gajes, sino para tomar participación en los peligros que la presente situación pudiere aparejar.

Bogotá, 11 de Noviembre de 1899.

José I. Trujillo.—J. N. Valderrama.—Próspero Pinzón.—D. Euclides de Angulo.—Pedro Aldemar Sánchez.—Enrique Restrepo García.—Luis A. Mesa.—José M. González Valencia.—Miguel Abadía Méndez.—Abraham Fernández de Soto.—F. Fonseca Plasas.—Antonio María Rueda G.—Juan Antonio Paró.—Eduardo Briceño.—Nicolás Osorio.—Aurelio Plata.—Manuel Saiz.—Gonzalo Arboleda.—Alberto Bernal Ospina.—Gerardo Pulcicio.—Miguel Nieto.—Primo Mariño.—Leonidas Posada Gaviria.—J. Miguel de Paz.—Pedro M. Carrero.—Luis Posada M.—Clímaco M. Nieto.—Pablo Emilio Calderón.—Felipe Fonseca.—Ricardo Paró A.—Antonio Márquez.—Ramón Márquez.—Epaminondas Bernal.—Celestino Ospina.—Nicasio E. Anzola.—Modesto Medina.—Ángel María Romero.—Enrique W. Fernández.—Abraham Aparicio.—Manuel J. Ospina C.—Carlos Sumpetro.—Flavio González Malo.—Joaquín M. Uribe B.—Ignacio de Cayzedo.—Sabbatiel Beltrán.—Flavio Angulo Nieto.—Ramón Cardona.—Ignacio A. Osuna.—Pablo E. Murcia.—José María Montero G.—Manuel J. Plata.—M. Riaño.—Juan García y Valenzuela.—Jorge Arboleda.—José D. Gómez C.—Enrique Rojas B.—Lucio Valenzuela.—Marciano Rozo.—Francisco de J. Navia.—Juan María García R.—Gerardo Torres M.—R. Roa Alburquerque.

Bogotá, 11 de Noviembre de 1899.

Señor D. Leonidas Posada Gaviria.—Presente.

Mi estimado amigo :

Como usted ha mostrado particular interés en que yo ponga mi firma en la manifestación que están suscribiendo algunos conservadores—de los que han figurado últimamente en la oposición—en la cual ofrecen sus servicios al Gobierno para combatir la presente rebelión, creo cumplir con un deber de amistad al dar á usted las razones de mi negativa, para que se vea al menos que yo no procedo “por pasiones ó intereses,” como dice el señor Ospina Camacho en su reciente telegrama al Presidente de la República.

Desde luego, me parece innecesario hacer notar que ningún interés egoísta perseguimos los que hemos resuelto permanecer en la forzada neutralidad que el deber nos impone en las presentes circunstancias, puesto que nada tendríamos que esperar de la revolución, si llegara el caso, de todo punto improbable, de que triunfara; ni nada tampoco del Gobierno, que hoy, más que nunca, habrá de considerarnos como enemigos. Acaso se descubriría algún interés, ó algo así como nostalgia del Poder, suscribiendo la manifestación que usted me ha presentado, porque ella no es otra cosa en el fondo que un memento hecho al Gobierno de que los que la suscriben están en disposición de aceptar empleos y colocaciones, no gratuitos desde luego.

Tampoco procedo yo por pasión. No tengo prevención alguna contra los miembros del Gobierno, ni de ninguno de ellos he recibido agravio ni ofensa. Mi oposición ha sido enteramente impersonal, dirigida al sistema de Gobierno que nos viene rigiendo desde la época del señor Caro. Con la Administración del señor Marroquín se inició un cambio; y entonces, aunque nada podía yo esperar en sentido de favor personal, mi apoyo al Gobierno fué caluroso y sincero; y lo mismo volvería á hacer tan pronto como ocurriera una modificación sustancial que diera garantías al país de entrar por un camino de libertad, de respeto al derecho y de honradez administrativa. La cuestión no es, pues, de empleos ni de personas.

Y sea ésta la ocasión de rechazar un concepto que he oído varias veces á algunos conservadores, cuando dicen que debemos hoy apoyar al Gobierno, puesto que las diferencias que con él tenemos no son *de doctrina sino de procedimiento*. Yo no acepto esta distinción sutil, puesto que en política, como en el campo de la moral privada, nada valen las buenas doctrinas cuando las prácticas no van de acuerdo con ellas. Eso de invocar nombres santos y cosas venerandas para encubrir picardías, es un farisaeísmo odioso y repugnante, que está haciendo perder su prestigio á la causa conservadora.

Yo no puedo apoyar á la revolución, porque, prescindiendo de los inmensos males que la guerra trae para la República, no creo que el triunfo de aquélla produjera un cambio benéfico para el país en el sentido del orden, de la seguridad y del respeto á todos los derechos; pero tampoco podría ofrecer mis ser-

vicios al Gobierno, mientras las cosas subsistan como están, porque eso equivaldría á declarar que lo que existe es bueno y debe conservarse. Seinejante declaración dejaría borradas y sin valor alguno todas mis censuras anteriores hechas por la prensa, y los partidarios del régimen imperante tendrían razón para calificarme de farsante y de hombre sin conciencia.

Hacer oposición, como la han hecho los conservadores al Gobierno, para salir hoy con que todo aquello era mero juego de palabras, es, á mi juicio, una suprema inmoralidad, porque no se puede ni se debe agitar un país y provocar acaso una guerra civil por mero entretenimiento.

Y no se diga que aquella oposición iba encaminada á producir un cambio por las vías pacíficas, con exclusión absoluta de la fuerza, porque en un país como el nuestro, donde no hay libertad de sufragio para hacer triunfar por ese medio una causa política, toda oposición envuelve, para más ó menos tarde, una apelación á la guerra, que es, en definitiva, *el sufragio* de los países bárbaros.

Dicen que los conservadores deben tomar servicio y adueñarse de las armas para imponerse luego al Gobierno. No acepto el procedimiento: revolución por revolución, prefiero la que están haciendo los liberales. Trasladarla á los campamentos del Gobierno, fomentando allí la deslealtad, sería establecer el pretorianismo, único azote que nos falta.

Tampoco me parece probable que entrando algunos conservadores á desempeñar hoy puestos públicos, se cambiara favorablemente el sistema. Los que manejan la maquinaria saben muy bien qué posiciones deben reservarse y qué utilidad pueden derivar del concurso de los no iniciados. El resultado será que los conservadores honrados que entren al Gobierno se desprestigiarán, para salir al día siguiente corridos y avergonzados, convencidos de su impotencia para hacer el bien. Vuelvo á repetir que el mal radica en el sistema mismo, en el mecanismo organizado: quien se deje coger en él, tiene que quedar mutilado, si bien le va, ó pasar como bagazo al otro lado. Los ejemplos abundan y los tenemos á la vista, ó más bien dicho, casi todos nosotros somos testimonios vivos de esta verdad.

Cuando en meses pasados se discutía el Acuerdo de la Junta de Delegados que prescribía la neutralidad del partido conservador en caso de guerra, les dije yo á algunos amigos, de los que figuraban en aquella reunión, que pensarán bien el paso que proyectaban; porque, si después de publicado el Acuerdo, resultaba que estallaba la revolución, y los mismos que recomendaban ú ordenaban la abstención eran los primeros en salir á la defensa del Gobierno, quedarían ellos muy en ridículo y pondrían al partido en posición muy desairada. El Acuerdo fué expedido y generalmente aplandido por los conservadores; y un elemental deber de lealtad obliga hoy á sostenerlo. De lo contrario, podría decirse, y con razón, que se proclamó de antemano la neutralidad para fomentar de ese modo la revolución, y los partidarios de ella podrían decir también que la palabra de los conservadores es algo como la fe púnica. Así no procede un partido serio, ni es obra de política engañar á la vez á los nacionalistas y á los liberales.

Mucho se nos recalca hoy el deber en que estamos los cató.

licos de sostener el Gobierno, porque esa es la ordenación divina, según la enseñanza del Apóstol. Bien sé yo que esa es la doctrina; pero debo también recordar aquí que ella no fué ni predicada ni observada por nosotros en 1876. No hubo entonces, que yo sepa, uno solo de nuestros Jefes que nos recordara el deber de sostener el Gobierno del señor Parra, que representaba lo que entre nosotros se llama la legitimidad. Para desconocerla, nosotros alegamos que aquel Gobierno había roto sus títulos á la obediencia, porque ese es el resultado del fraude y de la violencia en el ejercicio del derecho de sufragio. ¿Liberales y conservadores no podríamos hoy decir otro tanto? Eso de usar de dos pesas y de dos medidas y de estirar y de encoger, según el caso, las doctrinas, es lo que nos está matando.

La manifestación que se quiere hoy dirigir al Gobierno es, además, inoportuna, y por lo tanto ridícula. Si eso se hubiera hecho desde el primer día, habría habido al menos el mérito de la espontaneidad, y el Gobierno la habría agradecido; pero salir hoy con semejante embajada, después de los alardes de hosco desabrimiento de los primeros días, y cuando la revolución parece herida yá de muerte, es procedimiento que se presta mucho á amargos comentarios. Quisiera yo oír los que hará el señor Caro recorriendo la lista de los firmantes.

Dícese que la neutralidad condenaría al partido conservador á la inacción, que es la muerte. No me parece eso exacto: la neutralidad es hoy una acción, y muy eficaz. Es en primer lugar una protesta muda pero elocuente contra las pasadas iniquidades, y una enseñanza para lo futuro, haciendo ver á los gobernantes que no se puede explotar indefinidamente el país contando con que en el día del peligro han de acudir todos los buenos ciudadanos á defender lo que antes habían condenado.

La neutralidad del partido puede ser muy fecunda en bienes para después. Vencida la revolución, como creo que lo será, el partido liberal va á quedar hondamente dividido y convencido de su impotencia para triunfar por medio de las armas. Vendrá entonces naturalmente lo que hasta ahora no ha podido lograrse: la cordial inteligencia de todos los elementos honrados y republicanos del país. Corresponde la iniciativa en ese movimiento al partido conservador, si sabe guardar hoy su puesto y mantener alta su bandera.

Mucho daño nos hará en ese sentido la manifestación á que me refiero; pero estoy seguro de que en toda la República quedará siempre una gran masa conservadora que verá las cosas con más claridad y que no se dejará dominar por el pánico del momento.

De una cosa sí estoy absolutamente seguro: el triunfo del Gobierno sobre la revolución será la caída del nacionalismo, no por obra de los conservadores que hoy se ofrecen de puntales, sino por el curso natural de las cosas, y por las rivalidades que habrán de surgir entre los vencedores al disputarse los despojos de la República.

Suplico á usted muestre esta carta á mi respetado amigo el señor Marroquín, y desde ahora pido á usted el permiso para publicarla cuando lo juzgue conveniente.

Su estimador y afectísimo amigo,

CARLOS MARTÍNEZ SILVA.

OBSERVACIONES AL ANTERIOR ESCRITO

La manifestación que se leerá al principio ha dado ocasión al señor Carlos Martínez Silva para escribir la carta anterior. El señor Posada Gaviria, por inspiración propia ó por sentimientos de amistad personal, tomó empeño en conseguir la firma del señor Martínez Silva al pie del escrito mencionado. Este tenía que ser forzosamente corto, y, por lo mismo, deficiente, pues en los documentos que han de ir firmados por muchos, y á los cuales hay que darles curso con cierta premura que consulte la oportunidad, no se pueden hacer los desarrollos que tolera un escrito de otra índole, verbi gracia el presente.

El señor Martínez Silva, enamorado, según parece, de su obra, ha hecho de ella una copiosa edición manuscrita, que ha circulado clandestinamente, adquiriendo con ello sólo un aliciente y un mérito que quizá no le habrían dado las letras de molde. Aunque el autor ofrece para más tarde una edición impresa, nosotros nos anticipamos á hacerla, seguros de no perjudicar con esto los intereses del señor Martínez Silva, por estar yá saciada la curiosidad que lo misterioso despierta; antes bien, nos atrevemos á creer que nos agradecerá la publicación, puesto que con ella le quitamos al incidente cierto carácter de alevosía, muy ajeno del señor Martínez Silva y de sus precedentes políticos.

Él pudo limitarse á una negativa que no era incompatible con el respeto que merecen las opiniones ajenas (1); pudo firmar la manifestación, adoptando así una posición franca y aceptando una responsabilidad definida; pudo ir á los campamentos liberales á reforzar las filas de los que atacan ahora al nacionalismo y han combatido siempre al partido conservador. Nada de esto creyó hábil el señor Martínez Silva: juzgó preferible aderezar, con reputaciones conservadoras, un plato regalado para los paladares liberales, haciéndolo circular por debajo de la mesa, para despertar en mayor grado el apetito de los comensales.

Llevados así ante el tribunal del señor Martínez Silva, que se ha crigido en Juez severo de nuestras acciones y de los móviles que las han producido, y en maestro experimentado que estudia y define los problemas de la actual situación, nos vemos en el caso de explicar con alguna mayor detención las razones que nos han impulsado, no sin el temor de equivocarnos, pues la opinión adversa del señor Martínez Silva, cuya rectitud política y cuya incontrastable firmeza en estos achaques son cosas demasiado conocidas en Colombia, es yá un síntoma que confesamos no sernos favorable.

Debe tenerse en cuenta que cuando la manifestación le fué

(1) Hemos visto un escrito del General Vélez, en que manifiesta estar por la abstención del Partido; pero al terminar dice que considera este punto delicada cuestión de conciencia, y que debe resolver cada uno lo que le dicte la suya propia; añadiendo que, por lo mismo, él respetará profundamente las determinaciones que no estén acordes con la suya. Oportuna lección de alta tolerancia, que hace marcado contraste con los arrebatos de los señores Ospina Camacho y Martínez Silva.

presentada á nuestro autorizado censor y á llevaba al pie nuestras firmas; de suerte que las consideraciones que él hace, no fueron formuladas de una manera abstracta, sino con conocimiento perfecto de quiénes iban á ser las víctimas y los vapulados.

El aspirante á Jefe en cuyo rededor se congregará, sin duda, el nuevo partido que habrá de componerse de los *elementos sanos*, juzga que la manifestación es un *memento* que se hace al Gobierno á fin de que nos dé colocaciones, por supuesto remunerados. Nosotros no hemos *pedido* nada; hemos, al contrario, *ofrecido* nuestras personas y nuestros bienes para defender, llegado el caso, lo que siempre hemos defendido: nuestras creencias religiosas y nuestros principios políticos. Es evidente que ese ofrecimiento puede ó podrá aparejar el llamamiento á puestos de peligro innegable, en que por toda remuneración se recibe una muerte sangrienta; y puede también suceder que la oferta de recursos sea acogida con una petición en dinero ó en especies, á que habría que atender irremediabilmente. No es lícito olvidar que el acto de presencia que hemos hecho, se ha verificado en tiempos de peligros de muchos géneros; las peripecias de la guerra son muy variadas, y el que hoy puede considerarse casi triunfante puede verse mañana poco menos que perdido. Si se tratara de lides de otra clase, de evoluciones políticas incrementas ó de simples luchas electorales, en las que una pasada á tiempo pudiera producir honores y emolumentos, paseos á Europa y otros gajes de la laya, podría hablarse con algún fundamento de *mementos* intencionados y de miras *interesadas*. Esto es tan obvio, que consideramos inútil ilustrarlo con los sugestivos ejemplos que vendrán á porrillo á la mente de los lectores.

Ocurriré también hacer notar que si la teoría de los *mementos* del señor Martínez Silva fuera indiscutible, nunca podrían los ciudadanos dirigirse al Gobierno, como no fuera para agredirlo, pues siendo él siempre el distribuidor de los puestos remunerados, cualquiera manifestación de simpatía ó de apoyo tendría la tacha de *memento*, que tan invencible asco ha inspirado siempre é inspira hoy al señor Martínez Silva. Así, por ejemplo, las alabanzas que este señor tributa á la Administración Marroquina, la petición de que su carta sea mostrada á ese su *respetable amigo*, la oferta de que si éste vuelve al poder el señor Martínez Silva será su ardoroso partidario, todas estas cosillas podrían ser interpretadas por un espíritu suspicaz que profesara las teorías del señor Martínez Silva, como otros tantos *mementos* para el caso, si no probable al menos posible, de que el señor Marroquina vuelva á ser, un día de estos, el distribuidor de colocaciones remuneradas, en tiempo de paz. Ya ve el señor Martínez Silva cómo también de su inocente y bien intencionada lucubración pudiera sacarse veneno con qué herirlo por la espalda.

Era de suponerse que la carta de que el señor Martínez Silva parece tan prendado, debiera haber sido escrita contra la manifestación, para combatir lo que en ésta se dice; pero como verán los lectores, el señor Martínez Silva se desentiende por completo del fondo mismo de ese escrito para entregarse á la tarea fácil de contestar argumentos que en ella no aparecen, y que diz que les ha oído hacer á algunos conservadores. Puede haber al-

gunos de nuestros copartidarios que aleguen razones inaceptables para proceder en tal ó cual sentido; puede haber otros que vean la situación por un lado falso y que yerren, por consiguiente, en los remedios que preconicen; no tenemos nosotros, como es fácil de comprender, la obligación de sostener y defender los argumentos que haya podido oír en los corrillos el señor Martínez Silva; lo único que nosotros sostenemos es lo dicho en nuestra manifestación, que es justamente de lo que hace caso omiso nuestro oficioso Juez. ¿ Apoyó ó no apoyó el señor Martínez Silva el movimiento de 1885? ¿ Profesa él los principios contenidos en la Constitución á que dió vida ese movimiento? ¿ Son esos principios esenciales, y, por consiguiente, pertenecen á aquel orden de ideas cuya defensa es obligatoria en cualquier caso? ¿ Dejaría en pie el liberalismo triunfante las bases principales de ese edificio, levantado con sangre conservadora? ¿ La defensa de la bandera deja de ser obligatoria porque no satisfagan las condiciones del que ocasionalmente la lleve? ¿ La prescindencia en favor de un beligerante no equivale á la colaboración prestada al otro? Estos eran los puntos fundamentales que el señor Martínez Silva debería haber dilucidado, y respecto de los cuales no dice una palabra, á pesar de haber empleado tántas páginas en refutar opiniones que no hemos emitido y en combatir contra molinos de viento que en nuestra manifestación no se ven por parte alguna.

Es, pues, notorio que nada de lo que dice el señor Martínez Silva tiene relación con lo que nosotros hemos firmado. Tampoco tienen sus argumentos la fuerza que él les concede, y en más de un punto, el autor de la carta pisa terreno que no le es familiar ó examina cuestiones que no ha estudiado por sus aspectos más importantes. Vamos, pues, á hacer algunos breves comentarios á los razonamientos del señor Martínez Silva, pero antes de ello, haremos una observación general, que nos parece de capital importancia.

Se comprende que en algunas circunstancias determinadas, por ejemplo, en una lucha electoral, resuelva uno de los dos grandes partidos del país no tomar parte en la lid y asumir el carácter de simple espectador. Eso podrá ser ó nó conveniente y hábil, pero nadie negará que es completamente factible. Como el Gobierno, que es quien tiene la fuerza, no obliga violentamente á todos los ciudadanos á votar; como la concurrencia ó no concurrencia á las urnas no implica peligro inmediato para la fortuna, para la familia, para la libertad y vida misma del individuo; como las luchas electorales son fenómenos normales, que no suspenden la vida ordinaria de los pueblos, ni perturban el comercio, ni trastornan el hogar doméstico, ni ponen en peligro el pan cotidiano, ni significan borrasca, inundación ó incendio en que todo se revuelve y en que todo peligra; y como la guerra civil, sobre todo entre nosotros, sí tiene todos esos caracteres de cataclismo, y muchos otros que llevan el desconcierto y el pánico á todas partes, desde los palacios de los magnates hasta las chozas de los labradores, desde las grandes damas hasta las más humildes aldeanas; como todo esto es así, y eso lo saben y lo han experimentado cuantos han presenciado entre nosotros una guerra

civil, la abstención en tiempos relativamente normales, aunque agitados, como los electorales, es hacedera; pero en los casos de guerra es de todo punto impracticable. Se comprende que los señorones á quienes en las capitales resguardan sus riquezas, su alta posición social y sus numerosas relaciones puedan atravesar esos períodos belicosos con relativa tranquilidad y sin mayores perjuicios; pero esos hijos mimados de la fortuna son pocos en todas partes, y cometen una crueldad incalificable imponiendo su modo de pensar y su actitud prescindente á la gran masa popular, que va á ser víctima inmediata é infalible de los horrores de la guerra y que no tiene más salvaguardia que la habilidad y prudencia de los que la dirigen desde los grandes centros. Decirles, pues, á esas muchedumbres, desde el abrigado retiro en que se guarecen los directores: permaneced tranquilos, asumid el papel de espectadores, sometéos á las peticiones de las autoridades y á los saqueos de los rebeldes; aconsejar ú ordenar esto, decimos, es ordenar y aconsejar una cosa absurda é impracticable, es conducir víctimas inerme al matadero, si éstas son disciplinadas, ó convidar á la desobediencia si los pueblos prefieren á una sumisión imposible, su salvación propia y la de sus familias. Los miembros de un partido no son soldados en batalla á quienes se pueda ordenar: vosotros dejáos matar aquí todos, porque así lo exigen las circunstancias; y á eso equivale la orden que se dé á los ciudadanos para que en una guerra civil asuman una actitud pasiva.

Dada, pues, una situación de guerra entre nosotros, surge la necesidad inevitable de escoger campamento; ó con el Gobierno ó con la revolución, cualquier puesto, menos aquél que está situado entre los fuegos cruzados de los combatientes.

En el presente caso, puede decirse que están del lado del Gobierno los siguientes elementos: las fuerzas oficiales propiamente dichas, casi todas las grandes masas del partido conservador que han visto con mucha razón peligrar su causa, y una gran parte del partido liberal, que se ha opuesto á la guerra, que se dice ha ordenado la actitud pacífica, y que con eso ha quitado una gran fuerza á la porción belicosa y ha prestado un verdadero contingente al campo del Gobierno. En el otro campamento los combatientes estarían representados por los que ostensiblemente han tomado las armas en la mano y por los pocos conservadores que quieren aconsejar la abstención en todo caso. De suerte que si ha habido liberales que, tal vez sin quererlo, han ayudado muy eficazmente al Gobierno, también ha habido conservadores que, quizá sin pretenderlo, han ayudado no menos eficazmente á la revolución. Estas no son sutilezas ni argumentaciones intrincadas; este es un hecho claro, palpable, que está á la vista de todos, hasta de las inteligencias más obtusas.

Si, pues, los liberales doctrinarios, que podrían llamarse liberales de orden, han visto con malos ojos el actual levantamiento, lo han combatido con el solo hecho de no apoyarlo, le han tenido terror, y así lo dicen claramente muchos de ellos, á lo que significaría el triunfo de la revolución y á la calidad de los elementos que habrían de sobreponerse; nosotros, católicos, conservadores de convicciones íntimas, sabedores por experiencia propia de lo

que son en el poder los liberales de orden y los liberales de desorden, obligados por conciencia á defender una causa que los revolucionarios victoriosos arrancarían con raíces y todo del suelo de la Patria para sembrar en cambio un árbol á cuya sombra nefasta le han tenido miedo hasta muchos pechos liberales; nosotros, repetimos, no podíamos ser menos que esos liberales doctrinarios, ni nos era lícito permanecer indiferentes ante el posible derrumbamiento de lo que constituye nuestro sagrado tesoro religioso y político.

No podemos suponer que el candor infantil del señor Martínez Silva, ese candor tan frecuentemente demostrado y que hace tan gracioso contraste con su formidable catadura, llegue hasta el extremo de creer que si los señores Uribe Uribe, Soler Martínez, Avelino Rosas y demás compañeros llegan á triunfar, se limiten á cambiar el personal administrativo para reemplazarlo con los elementos sanos de todos los partidos, dejando en pie la Constitución y leyes consecuenciales. No, hasta allá no llegará la credulidad en las buenas intenciones que el señor Martínez Silva pueda prestar al liberalismo. En la conciencia de todos, tirios y troyanos, hombres y mujeres, está la persuasión íntima de que si la actual revolución quedara victoriosa, perecerían hasta las ruinas de lo que hoy existe. Siendo esto así, ¿cómo no cumplir la obligación ineludible que tenemos los católicos y los conservadores de defender las instituciones actuales, que son netamente católicas y netamente conservadoras? Ese deber no puede amenguarse ni extinguirse nunca, cualesquiera que sean las circunstancias; véase á este propósito lo que dice un escritor colombiano:

“Los constituyentes de 1886, aleccionados por la dolorosa experiencia de tantos años, comprendieron que la Religión es el más poderoso de los elementos conservadores de toda sociedad, y muy especialmente de la nuestra; y fieles á las exigencias imperiosas de la opinión pública, resolvieron cortar de raíz la vieja cuestión, asegurando á la Iglesia Católica en Colombia completa libertad é independencia absoluta, sin consignar disposición alguna que pueda recibir la tacha de intolerancia respecto de los sectarios de otras religiones y aun de los que no profesan ninguna. Este solo hecho basta para asegurar estabilidad y firmeza á la Constitución y al actual orden de cosas, PORQUE CUALESQUIERA QUE SEAN LOS ERRORES POLÍTICOS QUE SE COMETAN Y CUALESQUIERA LAS MUTACIONES QUE TRAIGAN LOS TIEMPOS, los pueblos sostendrán con inquebrantable fidelidad una Constitución y un Gobierno identificados en su fe religiosa, única cosa que los colombianos amamos con pasión, sin veleidades ni vacilaciones, y la única por la cual estamos dispuestos á ofender la vida en todo momento. La base puesta al nuevo edificio es, por consiguiente, granítica. ¡AY DE QUIEN LA TOQUE!”

¿Quieren saber los lectores quién es el autor de esta parrafada tan genuinamente católica y conservadora, en que no se deja escapatoria á los que quieran alegar sofismas para no defender en casos como el actual las instituciones vigentes? Pues es el mismísimo D. Carlos Martínez Silva, en *El Repertorio*

Colombiano, volumen 12, página 172. Es decir, no podemos asegurar que sea el mismísimo; sólo declaramos que debería serlo.

El autor de la carta que, dicho sea de paso, habla en ella de los conservadores como de cosa con la cual no tiene dares ni tomars, como podríamos nosotros hablar de los mahometanos, dice que “eso de invocar nombres santos y cosas venerandas para encubrir picardías, está haciendo perder su prestigio á la causa conservadora,” con lo cual da por supuesto que esta conducta vituperable ha sido erigida en sistema por nuestros partidarios. El cargo no puede ser más fuerte ni odioso; ¿será también fundado? No negamos que pueda haber habido casos en que algún conservador desalumbrado, ó que no lo es sino de nombre, haya invocado cosas santas para disimular con ellas sus pillerías; pero de que haya alguno ó algunos casos aislados, apenas posibles, ¿puede deducirse un cargo tan denigrante para todo un partido? ¿El más rabioso radical habría podido formular frase tan hiriente para los conservadores? Esa defensa de las cosas santas y venerandas intentada por quien se cruza de brazos ante el posible triunfo de los que expulsan monjas, destierran Obispos, despojan comunidades, enseñan indiferencia religiosa cuando no incredulidad, y perpetran en el poder otras mil lindezas de este tenor, es una actitud que deja de ser odiosa para ser cómica, como son cómicas las lágrimas que diz que derrama el cocodrilo sobre sus víctimas.

La oposición que han hecho los conservadores ha sido razonada y patriótica, sin secretos planes de guerra para lo porvenir; por confesión propia, la que ha hecho el señor Martínez Silva, si obedecía á ese pensamiento íntimo y sanguinario, pues él asegura que toda oposición implica una apelación á las armas para más ó menos tarde. El, pues, en su carácter de opositor, ha trabajado por la guerra y para la guerra, no los conservadores que han trabajado por la paz y para la paz, tratando de obtener el remedio á los males que presenciaban, por medio del razonamiento, de la censura, y hasta si se quiere de la esquivéz rayana en hostilidad; todos aquellos denuestos que profiere el señor Martínez Silva contra los que provocan la guerra con su oposición para que todo ello pare al fin en mero juego de palabras, no cae sobre los conservadores sino sobre los que, como el señor Martínez Silva, se cruzan de brazos cuando se desata la borrasca que han preparado con sus escritos. El sermón del señor Martínez Silva, en esta parte, se desplomó con toda su pesadumbre sobre la cabeza del predicador.

Extraña también el señor Martínez Silva que habiendo hecho oposición en tiempo de paz no se continúe haciendo en tiempo de guerra. Si la oposición se hubiera hecho á todo lo existente: Constitución, leyes, procedimientos y personas, el argumento del señor Martínez Silva podría ser fundado; pero como eso no ha sido el caso, como la Carta fundamental, que es el alma de lo existente, ha sido siempre aceptada y defendida por nosotros y por todos los demás conservadores, y como la existencia de esa Ley Suprema no peligraba en tiempo de paz y sí peligraba en tiempo de guerra, es claro que la conducta de los que la defienden no puede ni debe ser una misma en toda ocasión. La pregunta

del señor Martínez Silva es análoga á la del que dijera : ¿ por qué este hombre, que fustigaba ayer tan duramente á su hijo culpable, corre hoy desalado en busca de un médico para que le salve la vida, que un accidente inesperado pone en peligro ?

Tacha también el señor Martínez Silva de inoportuna nuestra manifestación, y dice que si se hubiera hecho al principio, habría tenido cierto carácter de espontaneidad que la hubiera hecho más simpática al Gobierno. Conocido el carácter del señor Martínez Silva y su actitud en las presentes circunstancias, vamos á decirle lo que habría sucedido si las cosas hubieran pasado en esa forma. Nos parece improbable que el señor Martínez Silva hubiera dejado de encontrar ocasión, aunque fuera traída por los cabellos, para echar, por escrito, su cuarto á espadas en la presente emergencia. En ese probable escrito, no es temeridad suponer que aparecería una censura, formulada más ó menos en los siguientes términos: “ Es realmente sensible que los firmantes de la Manifestación se hayan precipitado tanto á hacerla ; lo natural y lo prudente era esperar siquiera algunos días á que se precisara bien el carácter de los acontecimientos para poder determinar si la colaboración de los firmantes sería ó no necesaria. Este paso, dado así, con reflexión y serenidad, habría sido, sin duda, más agradecido por el Gobierno, que esa precipitación inconsiderada, que pudiera achacarse acaso á algo así como nostalgia del poder, y que se presta á amargos comentarios. Quisiera yo oír lo que haga el señor Caro sobre tan espontáneo y rápido ofrecimiento.”

Esa sería, *plus minusve*, la censura que nos habría enderezado el señor Martínez Silva si hubiéramos procedido como él dice ahora que debimos hacerlo. Respecto de los comentarios con que el señor Caro pueda distraer sus actuales ocios, nos son completamente indiferentes.

El señor Martínez Silva parece haber querido representar en esta ocasión, con respecto al señor Caro, el papel de demonio tentador ; tal parece que hubiera querido ponerlo en lo que los moralistas llaman *ocasión próxima*, diciéndole : “ ved estas presas ; ¿ no queríais dar en ellas, como yo, unas cuantas dentelladas ?”

Asegura el autor de la carta que cuando nuestra manifestación se presentó, la revolución estaba herida de muerte ; aseveración gratuita, que hubo de fingirse para podernos arrojar la envenenada flecha de la inoportunidad. No debe olvidarse que la suerte de las armas es muy caprichosa : el vencido de hoy puede ser, y ha sido muchas veces, el vencedor de mañana. La situación del Norte de la República era, cuando nosotros hablámos, completamente oscura ; aún no se había dado la sangrienta batalla de los días 12 y 13 del presente, que, perdida por el Gobierno, lo habría puesto, sin duda, en las más serias dificultades. Hoy mismo, á pesar de lo sucedido, nadie niega la posibilidad, cuando menos, de que la guerra continúe, y de que la revolución pueda cobrar nuevos bríos de un momento á otro. Estamos, pues, en tiempo hábil, y más lo estábamos aún en la fecha de la manifestación ; todavía puede suceder que algunos de los manifestantes corran serios peligros y que se vean obligados á emprender penosas campañas, mientras nuestro oficioso acusador se

queda aquí, cómodamente instalado en su sillón, buscando nuevas censuras que hacer á los conservadores, para halagar á costa de ellos á los liberales.

Opina el señor Martínez Silva que el paso que hemos dado, sobre ridículo, es inútil, porque el Gobierno, que conoce bien sus posiciones, no entregaría sino las que le convinieran y aquellas en que fuéramos del todo inofensivos. Ignoramos si el señor Presidente desconfía realmente de nuestra actitud sincera y leal; nos inclinamos á creer que no es así; pero si tal fuera el caso, si hubiéramos de ser desatendidos, si se quedaran escritos nuestros ofrecimientos, eso significaría que el Gobierno quería asumir solo las responsabilidades de lo que pueda sobrevenir. Nosotros habremos, en todo caso, conseguido lo que nos propusimos, que no fué por cierto obtener colocaciones remuneradas, sino cumplir, por nuestra parte, con lo que hemos considerado un sagrado é indeclinable deber y hacer pública declaración de que nosotros no podríamos, en ningún caso, simpatizar con una revolución liberal.

Nosotros queríamos, además, que la manifestación fuera unánime; la renuencia de algunos, que al fin fué invencible, retardó algunos días la presentación de nuestro escrito. El señor Martínez Silva contribuyó mucho á ese retardo, que ahora convierte en causa de acusación.

El señor Martínez Silva, que pretende estar muy familiarizado con los escritos del Apóstol San Pablo, aunque no nos atrevemos á asegurar que los haya entendido correctamente, dice que él, el señor Martínez Silva, sabe muy bien cuál es la doctrina en materias de insurrección, y extraña que en 1876 los conservadores atacaran al Gobierno, y en 1899 se pongan de su lado. Esto denota que el mencionado señor no ha estudiado el fenómeno sino en su forma exterior y por su lado más superficial. En efecto, ¿qué fin se proponían los revolucionarios de 1876? Derrocar del poder al partido liberal, que, desde su encumbramiento, venía perturbando las conciencias y amenazando las creencias de los colombianos católicos; es decir, se proponían defender la Religión Católica y los principios conservadores contra los ataques del liberalismo. ¿Y qué se proponen hoy esos mismos conservadores, ayer revolucionarios y ahora gobiernistas? Pues precisamente defender la Religión Católica y los principios del partido conservador.

Los móviles son idénticos, los fines, unos mismos; no puede darse conducta más consecuente y leal. Antes tuvieron que ser revolucionarios, porque los enemigos y perseguidores de sus ideales estaban arriba, y había necesidad de echarlos abajo; y ahora son gobiernistas, porque esos sus eternos adversarios están abajo, y es indispensable impedirles que lleguen arriba. Lo que sí es extraño y se presta á amargos comentarios, que hará no sólo el señor Caro sino todo el que piense en estas cosas, es que el señor Martínez Silva, que en 1876 disparaba materialmente sus tiros contra los liberales desde los campamentos conservadores, emplee ahora esas mismas manos en escribir denuestos contra sus antiguos copartidarios y en componer sabrosas golosinas para los liberales.

Además de todo lo dicho y de lo que nos falta aún por decir, hay un hecho de la mayor importancia, que ha sido desatendido ó olvidado por los que han rehusado su firma á la manifestación: y es el de que D. José Manuel Marroquín ha hablado, y ha hablado muy claro, en el mismo sentido que nosotros sostenemos. Ahora bien, siendo el señor Marroquín el segundo personaje del país en la escala administrativa, puesto que es Vicepresidente de la República, y formando, por lo mismo, parte integrante é importantísima del Gobierno que se trata de derrocar, ¿no encontraría su voz eco ninguno en el partido conservador? ¿Qué valor tienen las manifestaciones de adhesión que se le hacen y las promesas de apoyo que se le dirigen, si cuando él llama á la defensa de las posiciones en las cuales ocupa puesto tan prominente, se desoye su llamamiento?

Dico el señor Martínez Silva que los firmantes de la manifestación han dado un paso ridículo que les producirá el desprestigio. No fué nuestro móvil conseguir tan efímero y terrenal resultado; pero aunque tal hubiera sido, ¿por dónde ve venir el autor de la carta ese desprestigio, y en qué masas populares habrá de efectuarse el fenómeno? No en las conservadoras que en el Cauca, Boyacá, la Costa, Cundinamarca, Tolima, y probablemente en otras regiones del país, están de acuerdo con nosotros, como que los Pintos, Molinas, Crespos, Zuluagas, Mendozas Pérez, Riveras, Carbonelles, Urdanetas, Ospinas, y tantos y tantos otros, sostienen lo que nosotros sostenemos. ¿El desprestigio será entonces entre las masas liberales? Si eso es lo que teme el señor Martínez Silva, debemos manifestarle que un colombiano, sea conservador ó liberal, puede aspirar al prestigio unánime en la esfera social, literaria, comercial y en cualquiera otra que no sea la política; pero el conservador ó el liberal, que en tiempo de paz ó de guerra, abrigue la pretensión de ser, como *hombre público*, prestigioso entre sus adversarios, es un hombre políticamente muerto, que verdaderamente se convierte en bagazo desechado por todos los partidos por no ser elemento serio y utilizable, y del cual, cuando más, se hará uso para prender esas hogueras fugaces que queman pero no alumbran. También hay de esto vivientes ejemplos, que vendrán á la mente de los que las presentes lean.

No tememos, pues, desprestigiarnos entre nuestros amigos y copartidarios, y abrigamos la esperanza de poder decir, dentro de algunos años, al señor Martínez Silva:

Los muertos que vos matáis
Gozan de cabal salud.

Esto lastimará tal vez las pretensiones de profeta de desgracias que muestra hoy el autor de la carta, pero estamos seguros, por otra parte, de que con ello se sentirán muy alhagados los afectuosos sentimientos de amistad y compañerismo que bullen en el alma del señor Martínez Silva.

Bien sabemos que la actitud de Catón incorruptible es muy alhagadora para el amor propio y para los que se han dejado embriagar por las lisonjas de los liberales; fácil medio de obte-

ner vivas muestras de simpatía y de admiración. Poder decir con rostro airado y furioso manoteo, salpimentando el discurso con esas interjecciones en que algunos hacen consistir la suprema manifestación de la energía: “¿pretender que yo le vaya á servir á Fulano, que me le humille á Mengano, que vaya á defenderle sus millones á ese tal, que sirva de encubridor para las picardías de ese otro desvergonzado? Eso nó; primero que se hunda el mundo, y si por eso han de subir al Poder los radicales, cúlpanse á sí mismos los que ocasionaron esta borrasca; yo dejaré que se cumplan las leyes morales.” Los que conocen el corazón humano saben que generalmente quienes así hablan están ilusionados con la secreta esperanza de que al salir ellos queden diciendo los oyentes: “Este es todo un hombre, éste sí sabe ser digno, estos son los personajes que necesitamos para levantar los caracteres y para salvar la Patria.” Pocas veces, si algunas, se verterán realmente estas alabanzas; no será raro que en vez de ellas vengan los vituperios á la petulancia del onergúmeno ó las burlas por la facilidad con que se deja coger en la red de adulaciones que se le tiende. Lucida puede ser, repetimos, esta actitud de indomable fiereza, pero también puede ser muestra de suprema candidez ó de juvenil vanidad. En todo caso, los que así proceden, no comprenden, ó no quieren comprender, cuál es la magnitud y trascendencia de la partida que se está jugando. No puede ser tampoco permitido anteponer las personas á las ideas; dar más importancia á las antipatías, aunque sean fundadas, que á las obligaciones, ni disculparse de la neutralidad asumida en las presentes circunstancias, alegando que ella se observa en són de protesta; á nadie le es lícito protestar á costa de la Patria, de la Religión y de su Partido: los protestantes de esa clase se diferencian en poco de los propios dichos.

Uno de los razonamientos de corrillo ó de conciliábulo fútilmo, que más ha irritado al señor Martínez Silva es aquello de que los conservadores deben armarse para imponer luego condiciones, sembrando así la traición en los campamentos del Gobierno. Decir esto en una carta en que se alegan razones para no firmar una manifestación en que no hay ni sombra de lo dicho, es como alegar la Bula de la Santa Cruzada. Ese plan, si ha existido, no tendrá de seguro los caracteres odiosos de traición y de falsía que el señor Martínez le presta, para exornar su escrito con truenos de gran calibre. Puede haber habido quien opine que Jefes y soldados conservadores, que han expuesto su vida y que han derramado su sangre por defender la Constitución de que es también guardián el Gobierno, estarían en las mejores condiciones para hablar con lealtad y franqueza á ese mismo Gobierno, á fin de que corrigiera las irregularidades y desperfectos de la maquinaria política; á hombres así, que llegan de los campamentos cargados de laureles ó cubiertos de sangre y enflaquecidos por los padecimientos, no se les podrían negar, ni siquiera disentir, el desinterés, el patriotismo y las más sanas y rectas intenciones. Tan aprovechable posición ha podido ser ambicionada, lícitamente, por muchos conservadores para sus Jefes y sus soldados; pero de eso á las negras traiciones cuartelarias

que supone el señor Martínez Silva, hay la misma diferencia que entre la noble tizona y la plebeya navaja, que entre el amigo franco y rudo pero leal, y el asesino emboscado é hipócrita.

Una cosa sí aparece clara en la maligna angestión con que el señor Martínez Silva quiere manchar al partido conservador, y es la desconfianza que esa delación de supuestas traiciones pudiera llevar al ánimo del Gobierno, perjudicando así, de la manera más injusta, á los que hoy mismo estarán quizá muriendo lealmente por defenderlo en algún campo de batalla. Nosotros necesitamos persuadirnos, y persuadir también al público, si fuere posible, de que el señor Martínez Silva, al propalar esta nefanda inculpación, ha procedido con completa inconciencia, y sólo impulsado por un deseo inmoderado de llamar la atención. Si así no fuera, la conducta de este señor, dando este aviso al Gobierno y al partido liberal, sería para nosotros verdaderamente inculcable; tal vez el diccionario de la lengua, ese imparcial depósito de todos los vocablos, contenga el adecuado para estigmatizar esa manera de proceder.

Hase alegado, como pretexto para no firmar la manifestación, la circunstancia de que por un Acuerdo de la última Convención conservadora se dispuso que el partido debería prescindir de defender al Gobierno en toda circunstancia, agregando que esa disposición mereció el aplauso del partido. No conocemos ningún escrito suficientemente autorizado en el cual conste ese universal asentimiento; al contrario, si los Acuerdos publicados fueron aceptados generalmente, respecto de este punto concreto, podemos asegurar que no fué así. Muchos de nosotros le hicimos presente al General Vélez que nuestra opinión era adversa á esa trascendental determinación, y á muchísimos conservadores les oímos emitir iguales conceptos. Lo curioso del caso es que cuando la Convención estaba reunida, el señor Martínez Silva preguntaba con qué títulos populares estaba funcionando, y quién la había encargado, en forma indiscutible, de fijarle derrotero al partido. Hoy, cuando las disposiciones de esa Convención, que para el señor Martínez era conventículo, favorecen la actitud del autor de la carta, éste las pone sobre su cabeza, y las considera como cosa sagrada que es indispensable obedecer. La Convención destigó á los conservadores de la obligación moral de sostener al Gobierno en paz y en guerra, olvidando que ese sagrado campo de la moral, no está sujeto á la jurisdicción de las juntas políticas, sino á la de las autoridades eclesiásticas que Dios ha puesto en el mundo para regir su Iglesia é ilustrar las conciencias de los fieles. Todo aquello, pues, de la "*suprema inmoralidad*" y de la "*fé púnica*" son alharacas que no rezan ni con una gran masa del partido ni con los que firmamos la manifestación.

El señor Martínez Silva abriga la ilusoria esperanza de que quizá más tarde se pueda formar un nuevo partido con los elementos sanos de los actuales. Esos fenómenos políticos no se cumplen nunca artificialmente, y no se verifican sino después de largos espacios de tiempo, en países muy educados y entre partidos que no tengan diferencias sustanciales. Pretender formar un partido con elementos conservadores y liberales, es, per-

suádase de ello el señor Martínez Silva y los que lo acompañen por esos utópicos caminos, estéril empresa de ideólogos. Bastante ha cojeado el señor Martínez Silva por esta parte, sin comprender, nos parece, las dificultades de lo que acometía. Echar puentes sobre un abismo que está separado dos partidos, no puede producir en ellos la identificación necesaria para que se cumplan normalmente los fenómenos de la vida procomunal. El puente no se podría hacer sino para que pasaran los liberales á hacerse conservadores ó los conservadores á hacerse liberales; pero el único medio de conseguir eso no sería tender el puente sino colmar el abismo; y como el que separa á estos dos partidos no se colma sino con la fe y sus prácticas ó con la incredulidad y sus consecuencias, la empresa del pontonero es completamente ilusoria para las grandes masas. Pudiera tal vez aprovecharse para individualidades aisladas, que, deseosas de salvar el abismo, pudieran aprovecharse del puente. A juzgar por muchos antecedentes, poco lo necesita yá el señor Martínez Silva; lo que para nosotros es insondable sima, parece no ser ya para él sino angosta y franqueable hendidura.

Muchas otras cosas podríamos decir aún sobre tan fecundo tema, pero este escrito está yá demasiado largo, y creemos deber terminarlo. Agradecemos cordialmente al señor Martínez Silva la ocasión que nos ha ofrecido de explayar nuestras ideas y de explicar mejor el paso que hemos dado; no rehusamos polémica seria y levantada; si el señor Martínez Silva desea entablarla, le suplicamos suspenda, por ahora, la emisión clandestina de sus epístolas políticas, y aplace la controversia para tiempos más oportunos y bonancibles.

José I. Trujillo.—Enrique Restrepo Caballero.—Juan N. Valdeerrama.

Bogotá, 22 de Noviembre de 1899.



NOTA.—Recomendados por algunos de los señores que firmaron la manifestación para que contestáramos la agresión del señor Martínez Silva y explicáramos con mayor detenimiento las razones que se han tenido en cuenta para dar ese paso, lo hemos hecho en la anterior exposición, creyendo interpretar fielmente, á lo menos en lo sustancial, el modo de pensar de los copartidarios que nos hablaban para aquello. La naturaleza de este escrito y su extensión, hacían difícil la consulta individual á cada uno de ellos; por eso hemos prescindido de ella.